



VIAJE A LA LIBERTAD ECONÓMICA

POR QUÉ EL GASTO ESCLAVIZA
Y LA AUSTERIDAD LIBERA

DANIEL LACALLE

AUTOR DEL BESTSELLER *NOSOTROS. LOS MERCADOS*



DEUSTO

Índice

Portada
Dedicatoria
Citas
Introducción

Primera parte. Despertar

- Capítulo 1. Haz lo que quieras..., pero con responsabilidad total
- Capítulo 2. Cómo despertarse de la utopía colectivista en unas vacaciones
- Capítulo 3. Las soluciones mágicas no existen
- Capítulo 4. ¿Cuándo nos convencieron de que intervenir y destruir la moneda es social?
- Capítulo 5. Todo lo que te han enseñado se está derrumbando
- Capítulo 6. La libertad no es negociable
- Capítulo 7. Hayek, Baby, Hayek... Y los indignados
- Capítulo 8. Igualdad no. Prosperidad
- Capítulo 9. El cuento del austericidio. Alemania tiene razón
- Apéndice a la primera parte La opinión de un maestro y amigo

Segunda parte. Viaje por el mundo

- Capítulo 10. Estímulos no, gracias
- Capítulo 11. Reagan y Obama. Ni tanto ni tan calvo

- Capítulo 12. Japón. Nuevo perro, viejos trucos
- Capítulo 13. ¡No paguemos las deudas!
- Capítulo 14. La inflación que no existe pero usted paga
- Capítulo 15. Bajar impuestos, ya
- Capítulo 16. Ni paraísos ni infiernos fiscales. Competencia fiscal
- Capítulo 17. No estamos equivocados. Thatcher y la importancia del individuo
- Capítulo 18. Hiperregulación, un problema global
- Capítulo 19. Venezuela, el bolivarianismo y la pesadilla del sueño colectivista
- Capítulo 20. No llores por mí, Argentina
- Capítulo 21. La lección sueca: Liberalizar y eliminar la «tasa Tontín»
- Capítulo 22. Estonia no existe
- Capítulo 23. Deuda destructiva y burbuja de bonos
- Capítulo 24. Europa. Bienestar del Estado y desindustrialización. El «Depardieu silencioso»

Tercera parte. España

- Capítulo 25. Gasto político
- Capítulo 26. Con este paro «sí» se puede
- Capítulo 27. Crear empleo y atraer capital
- Capítulo 28. Bajar impuestos para recaudar más
- Capítulo 29. Más facilitadores, menos obstruores
- Capítulo 30. Menos gasto público, más apoyo sin coste
- Capítulo 31. Capital riesgo y financiación privada
- Capítulo 32. Acceso a propiedad
- Capítulo 33. Eliminar subvenciones
- Capítulo 34. Aprovechar el despilfarro en infraestructuras y vivienda
- Capítulo 35. Energía abundante y barata

Conclusión

Capítulo final. Los unicornios más peligrosos

Despedida

Agradecimientos especiales

«El decálogo» de William Boetcker

Créditos

Viaje a la Libertad económica

Dedicado a:

Patricia. Mi vida.

*Mis hijos, Jaime, Daniel y Pablo, que son la alegría de mi vida,
y como todos los españoles nacieron con 20.000 euros de
deuda
por culpa de la política manirrota.*

*Mi hermano David y su maravillosa familia, Estella, Ángela y
Juanjo*

Kilda, Blinky y Ravioli... Nuestro zoo particular

«Puedes escoger una guía preparada con voz celestial.
Si escoges no decidir, aun así habrás hecho una elección.
Puedes elegir entre temores fantasmales y bondad que puede matar.
Yo elegiré un camino claro. Elegiré el libre albedrío.»

(Freewill), NEIL PEART, de Rush

«No existe conflicto entre el Estado de bienestar y el libre mercado.»

GERHARD SCHRÖDER

«No hay libertad, a menos que haya libertad económica.»

MARGARET THATCHER

Introducción

«El problema del mundo no es la superpoblación,
Es la falta de libertad económica y política.»

JULIAN LINCOLN SIMON

Un día salía de un debate en un medio de comunicación cuando un señor me comentó: «Nadie piensa como tú, lo que propones es imposible». Acababa de publicar mi primer libro, *Nosotros, los mercados*, y por fin la crisis económica se había convertido en un tema de amplio debate. Tras cinco años de negar la evidencia o de culpar de nuestros males a los estadounidenses, a los alemanes o a los mercados, se veía auténtico interés por entender la situación y opinar libremente sobre las causas de los problemas y las posibles soluciones.

En un escenario de miedo y frustración por las consecuencias sociales que produce, en todas las crisis aparece un grupo de personas que nos ofrecen el Santo Grial: «Entregame tu libertad, que yo soluciono tus problemas». Nos ofrecen todo tipo de razones, muy detalladas, por las cuales debemos poner todo nuestro trabajo y renta al servicio del Estado y aceptar cualquier medida de intervención con tal de que se mitigue el dolor. «Déjame, que tú no sabes.»

Nos ofrecen más intervención, la bebida que lo cura todo. ¿Cuántas veces ha leído u oído en estos años frases como «si pudiésemos imprimir nuestra propia moneda no ha-

bría crisis» o «la culpa es de Alemania», o «el problema es el libre mercado»?

Por eso decidí escribir este libro. Para contar, a través de un viaje por distintos sistemas económicos y épocas, mi transición desde una concepción colectivista, estatista y neoclásica de la economía y de la política a una visión liberal. Compartir con todos ustedes los aciertos y errores de los distintos sistemas, y tratar de desmontar las soluciones mágicas que nos proponen para que entreguemos nuestra alma, nuestra libertad y nuestro bolsillo a cambio de una seguridad que no recibiremos.

En el libro viajaremos por el mundo, por distintas políticas económicas, siempre teniendo en mente las preocupaciones y dudas legítimas de los que recelan del liberalismo y defienden la intervención. Intentando responder a preguntas que todos nos hacemos, para recordar que:

La riqueza y el bienestar vinieron precisamente de la apertura económica y de las oportunidades creadas por la globalización, en contraposición con aquellos regímenes y políticas liberticidas e intervencionistas.

Las recomendaciones de los grandes economistas, como Keynes, Tobin o Friedman, suelen utilizarse de manera tendenciosa para justificar conductas represoras.

La libertad económica y el capitalismo real, no el clientelismo, crean mucha más prosperidad y son más sociales que los sistemas asistencialistas.

Las políticas de deuda y gasto no garantizan derechos, esclavizan.

El gasto público no es una panacea, sobre todo cuando el sector público no es grande, es elefantiásico y depredador.

La austeridad es moderación presupuestaria, no un crimen, y es lo que ustedes y yo practicamos cada día en el entorno más social y protector que existe, la familia.

Entregar más recursos económicos a los mismos Estados que crean las distorsiones económicas sólo genera más riesgo de fragilidad y ruptura.

Tenemos la oportunidad de «aprovechar» esta crisis — que no ha sido sólo una crisis económica, sino una crisis de valores y de liderazgo— para defender principios básicos, la libertad, la propiedad privada y el libre albedrío.

Hablaremos de esos peligrosísimos unicornios que, como alquimistas, nos ofrecen las soluciones mágicas para convertir en oro el hierro, y como las de aquellos vendedores ambulantes simplemente no funcionan más que para una cosa: dar más poder al que se ha equivocado con nuestro dinero.

Por eso quiero describir cómo funcionan otros países que conozco bien, desde Estados Unidos a Venezuela, desde Japón a Argentina, demostrar que lo que pienso y propongo no sólo se puede hacer, sino que se ha llevado a cabo con éxito en países de nuestro entorno, que hay millones de personas que lo entienden y defienden. Para concluir dando una serie de ideas para que España aproveche su enorme potencial y recupere su puesto de privilegio entre los países más desarrollados y libres.

Espero que disfruten conmigo de este viaje, en el que he tenido la oportunidad de recuperar recuerdos muy queridos y épocas maravillosas para ilustrar el camino hacia la libertad económica. Abróchense los cinturones.

Primera parte



Despertar

1

Haz lo que quieras..., pero con responsabilidad total

«No es por la benevolencia del carnicero, del cervecero y del panadero que podemos contar con nuestra cena, sino por su propio interés.»

ADAM SMITH

«¿Qué queremos?»//«¡Prosperidad!»//«¿Cuándo la queremos?»//«¡Ahora!»//«¿La creamos?»//«¡Mañana!»

A lo largo de mi vida he tenido la oportunidad de aprender de personas magníficas que me han ayudado a forjar mi personalidad y mi visión del mundo. Mi padre y mi abuelo, luchadores incansables, son dos de ellas.

Mi abuelo, José Daniel Lacalle Larraga, militar y aviador, ministro del Aire, me repetía una y otra vez: «Piensa por ti mismo». Fue la primera persona que pilotó un avión de noche en España, y nunca lo habría conseguido si hubiese consultado con un comité o si se hubiese ceñido al manual. En cualquier bando, siempre valoró la individualidad, el coraje y la valentía.

Por su lado, mi padre, José Daniel Lacalle Sousa, sociólogo e intelectual de izquierdas, militante histórico del PCE (Partido Comunista de España) y preso político durante el régimen de Franco, ha luchado durante toda su vida contra la injusticia y la opresión. Si se hubiera plgado a las exi-

gencias del consenso, jamás hubiera alcanzado el prestigio con que cuenta entre profesionales y políticos de distintas sensibilidades.

Sí, ideologías opuestas en la misma casa, como en tantas familias españolas. Cuando mi padre fue encarcelado por sus ideas, mi abuelo ofreció su dimisión, y mi padre se negó a cualquier privilegio por ser hijo de ministro. Como el resto de los miembros de una amplia familia, se querían y respetaban, y nuestro hogar siempre estuvo rodeado de amor. Aun discrepando en ideología, ambos han sido para mí un modelo, un ejemplo de coherencia y valor. Lo único que nunca faltó en nuestra casa fue debate y discusión profunda, pero siempre desde el respeto. Lo positivo para mí es que aprendí de todos sin comulgar con ruedas de molino de uno ni otro lado.

Para mí fue un privilegio haber nacido en España y vivir una época convulsa, los años setenta y ochenta, con una democracia muy joven y una economía que empezaba a mirar hacia el exterior. Porque desde pequeños, en casa, en el colegio, en cada familia, las discusiones eran apasionadas y apasionantes, se cuestionaba todo y se saboreaba la libertad como si fuera un manjar. Cada día, en el recreo, en la sobremesa, en la universidad, todas las tendencias políticas y económicas se encontraban para solucionar el mundo. Nada era imposible, desde un extremo al otro todo se podía debatir. Teníamos el mundo por delante. Me duele que treinta años después ese mismo país se haya entregado al «qué hay para mí», a culpar a otros de nuestros males, a que un ente externo nos solucione los problemas, al derrotismo y la indiferencia.

Yo viví aquellos años magníficos, vibrantes, esperanzadores, con toda la intensidad del que descubre cosas nuevas y maravillosas cada día. Y la música fue un referente constante para mí.

Durante mi adolescencia, la música era mi válvula de escape. Soy una especie de enciclopedia andante del rock, ya desde muy pequeño coleccionaba discos y leía sin parar. Siempre me fascinó conocer la vida de los músicos que habían cambiado el mundo y cómo ascendían al estrellato, caían y luego se recuperaban. Gente que arriesgaba todo por un sueño, como Paul McCartney, Neil Young, Gene Simmons, de Kiss, Lindsey Buckingham, de Fleetwood Mac, Brian Wilson, el genio de los Beach Boys, Jim Steinman, David Bowie, los Ramones, etc. Ejemplos no sólo de creatividad, sino de gestión y auténticas lecciones para salir adelante en las condiciones más adversas.

Gene Simmons es el caso más claro de estrella de rock aplicable al mundo de los negocios y la economía. Hijo de inmigrantes israelíes, pobre, con todo en su contra en un nuevo país, Estados Unidos. Cuando era profesor en una escuela le decían: «No pierdas el tiempo, asegúrate un trabajo estable». Casi cien millones de discos vendidos después, y con un negocio multimillonario, Simmons comenta: «Mi héroe soy yo. ¿Por qué? Porque yo era el chico al que increpaban "Eh, estúpido, ¿no sabes hablar inglés?", y ahora todos ellos trabajan para mí». Es normal que gestionando la banda Kiss haya sobrevivido, y que tras varios episodios de declive se haya fortalecido aún más. A principios de los años ochenta, su grupo perdía popularidad a pasos agigantados tras varios errores garrafales (como hacer música disco, un disco «conceptual» llamado *The Elder*, con una historia inexistente e incomprensible, y una estúpida película de televisión, *Kiss Meets The Phantom Of the Park*, que haría avergonzarse a Ed Wood, famoso director de algunas de las peores películas de la historia, como *Plan 9 From Outer Space*). Kiss llegó a ser el compendio de una sucesión de desastrosas decisiones artísticas y económicas. Dos de los miembros de la banda cayeron en la trampa de la

autoconmiseración y las drogas. Sin embargo, Gene Simmons y su socio, Paul Stanley, se reinventaron, sobrevivieron y cambiaron para hacer su grupo, su negocio, más fuerte. Ante la adversidad, no cuestionaban la realidad, no se quejaban —al menos en público—, se adaptaban y crecían.

Uno de mis grupos favoritos es Def Leppard, banda británica sacudida por la tragedia cuando su batería, Rick Allen, perdió un brazo en un accidente de coche. ¿Un batería sin un brazo? Lo lógico hubiera sido reemplazarle y contratar a un nuevo músico. Al fin y al cabo, la banda acababa de vender diez millones de copias de su álbum *Pyromania* y estaba en la cúspide. Sin embargo, esperaron a que Rick Allen aprendiese a tocar con un solo brazo y con una batería que usaba fundamentalmente los pies. Arriesgaron su carrera y su fortuna, y cuatro años después, una eternidad en el mundo de la música popular, lanzaban su obra maestra, *Hysteria*, con un batería manco. Es uno de los pocos álbumes que cuentan con un disco de diamante por vender más de diez millones de copias sólo en Estados Unidos. Hoy, más de dos décadas después, siguen girando por el mundo con Rick Allen, el manco, tras haber vendido más de sesenta millones de álbumes. De gente como ellos se aprende tanto como de los grandes economistas.

En aquella época, después de clases, mi amigo Nacho y yo nos escapábamos para ver a nuestros disc-jockeys favoritos: Diego Manrique, Rafael Abitbol, Gonzalo Garrido, Paco Pérez Bryan, Juan Pablo Ordúñez (*El Pirata*), Julian Ruiz, El Mariscal Romero, etc. Gente libre que cada día descubría nuevos grupos, que se gastaba su propio dinero en comprar discos de bandas que no publicaban en nuestro país, que ponían en sus programas maquetas —grabaciones caseras— de nuevas bandas. Programaban lo que querían, mezclaban cualquier estilo, no tenían una lista precocinada a la que ceñirse. Creaban tendencia, y ¡lograban éxitos des-